

BUSCA AL SEÑOR – MARZO DE 2025

Cada año, durante el tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos brinda la oportunidad de reavivar nuestra relación con Dios, como individuos y como comunidad de fe. Estos 40 días son un tiempo reservado para orar más, para abrazar un espíritu de abnegación y sacrificio, y para trabajar para servir a los necesitados. Las disciplinas espirituales de la oración, el ayuno y la caridad no son fines en sí mismas. Más bien, son medios para convertir aún más nuestros corazones de los caminos mundanos para que puedan llegar a ser más conformes al mismo Corazón de Cristo. Cuanto más nos dejemos transformar por el amor de Dios, mayor será nuestra capacidad de amar a los demás a cambio.

El Papa Francisco reflexiona sobre cómo Dios nos llama a abrir nuestros corazones para recibir las semillas de gracia que nos ofrece durante este tiempo privilegiado. Debemos entonces cultivar cuidadosamente esas semillas para que den fruto en nuestras propias vidas y, de igual importancia, en las vidas de aquellos que Él ponga en nuestro camino. Explicando esta dinámica de siembra y cosecha, el Santo Padre dice: “La escucha asidua de la Palabra de Dios nos hace madurar una docilidad que nos dispone a acoger su obra en nosotros (cf. St. 1:21), que hace fecunda nuestra vida. Si esto ya es un motivo de alegría, aún más grande es la llamada a ser ‘colaboradores de Dios’ (1 Co. 3:9), utilizando bien el tiempo presente (cf. Ef. 5:16) para sembrar también nosotros obrando el bien. Esta llamada a sembrar el bien no tenemos que verla como un peso, sino como una gracia con la que el Creador quiere que estemos activamente unidos a su magnanimidad fecunda” (*Mensaje para la Cuaresma 2022*, 1).

El Santo Padre continúa animándonos, como lo hizo San Pablo con los Gálatas, a “no nos cansemos de hacer el bien” (Ga. 6:9). En concreto, dice: “No nos cansemos de orar... No nos cansemos de extirpar el mal de nuestra vida... No nos cansemos de hacer el bien en la caridad

activa hacia el prójimo” (2). Al hacer estas cosas, hacemos más espacio en nuestra alma para que Dios actúe, para que Él tome lo poco que a menudo tenemos para ofrecer y lo haga dar fruto abundante para los demás. ¡Y nunca debemos dudar del bien que Dios puede hacer incluso con las cosas más pequeñas que ofrecemos con espíritu de caridad!

Es esta misma actitud de generosidad la que mueve los corazones de tantas personas en toda la Iglesia a dar su propio tiempo y sus dones por el bien de los demás. Algunos lo hacen a través de su trabajo diario; muchos otros, sin embargo, edifican el Reino mediante el voluntariado o apoyando a los diversos ministerios sin fines de lucro que buscan servir a aquellos que se encuentran física, espiritual o emocionalmente necesitados.

Hay mucho trabajo al cual el Señor nos invita a ser parte para que su Evangelio de salvación llegue al mayor número de almas posible. Aquí mismo, en nuestra propia arquidiócesis, hay muchos ejemplos de ministerios que irradian la luz que Cristo vino a hacer brillar en la oscuridad de este mundo. Que, durante estas semanas de gracia especial, todos podamos recibir todo lo que el Señor tiene preparado para darnos. ¡Saliendo al mundo, sembremos estas semillas que Él, sin duda, hará que den mucho fruto para el bien de todos!